

El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros

Tercer domingo de Adviento
17 de diciembre de 1978

Isaías 61, 1-2a.10-11
1 Tesalonicenses 5, 16-24
Juan 1, 6-8.19-28

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

El espíritu de este tiempo, llamado “de Adviento”, desde hace ya tres domingos, tratamos de concretarlo en estas tres actitudes: fe y vigilancia, porque se acerca el Señor y queremos esperarlo y sentimos que el Señor está cerca, necesitamos fe para ese sentir la cercanía de Dios. Segunda actitud: hambre y pobreza espiritual. No se puede desear comer cuando no se tiene hambre; no se puede tener necesidad de Dios cuando se es orgulloso, autosuficiente. Solo los pobres, solo los que tienen hambre serán saciados. Este es el espíritu de pobreza del cual María, la Virgen, cuyo cántico hemos repetido hoy en el salmo responsorial, expresa, en nombre de toda la humanidad, la necesidad y el hambre de Dios que tenemos. Dichosos los que ven venir la Navidad como el hambriento ve venir algo que comer. No se puede anhelar la liberación, la libertad, si no se tiene conciencia de estar esclavizado. Y la tercera actitud es una actitud positiva, una actitud de presencia y de misión en el mundo, virtud o actitud misionera: hacer presente lo divino que el mundo necesita.

Yo quiero que subrayemos en nuestra reflexión de hoy esta tercera actitud: la presencia; porque, precisamente, las lecturas

Mt 5, 6

Lc 1, 46-50

que acaban de escuchar subrayan el misterio de la encarnación, que es el que celebramos. La encarnación es el misterio que le da sentido, le da mística, le da unidad a toda esta expectativa de la Navidad; y la Navidad no se comprenderá si no se tiene fe en el gran misterio de la encarnación. La encarnación es la presencia de Dios en las realidades del mundo, hecho Él un hombre que se llamó, se llama Cristo.

Jn 1, 14 Este será el tema de nuestra homilía de hoy, con palabras del Evangelio: *El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. Y vamos a desarrollar este tema, como lo hacemos de costumbre, señalando tres pensamientos: Cristo es el Verbo de Dios que se ha hecho hombre; segundo, la Iglesia, nosotros somos la prolongación de ese misterio de la encarnación de Cristo; el Dios que se hizo hombre en las entrañas de María sigue encarnándose en el mundo por medio de esta Iglesia, que prolonga esa encarnación; y el tercer pensamiento, con que nos vamos a acercar al altar de hoy, es este: Dios se ha hecho hombre para que todos los hombres puedan hacerse Dios.

Cristo es el Verbo de Dios que se ha hecho hombre

Jn 1, 6-8 El primer pensamiento, pues, es: Cristo es el Verbo hecho carne. Las lecturas de hoy nos hablan de que ese Cristo —del cual habla el gran testigo junto al río Jordán: Juan Bautista— no es un hombre cualquiera; hay en Él una naturaleza misteriosa, divina. Juan Bautista, cuando lo describe el Evangelio de San Juan, dice: “Hubo un hombre enviado por Dios para dar testimonio de la luz, no era él la luz, pero daba testimonio de la luz”. Quien lee el Evangelio de San Juan se da cuenta cómo San Juan juega con esos simbolismos preciosos. Por ejemplo, en este caso, la luz es Dios y Juan presenta su Evangelio como la luz que vino al mundo y que provocó dos reacciones: en unos, la fe, los que la siguieron; y en otros, el rechazo, prefirieron las tinieblas a la luz. Cuando viene un testimonio de ese hombre, Cristo, a decir que este es la luz, está diciendo: “Este es Dios”. Ante Él, van a reaccionar los hombres o siguiéndolo, como quien tiene necesidad de luz en la noche, o rechazándolo, hundiéndose más en las tinieblas, como aquellos a quienes la luz les molesta la vista. Por ese rasgo, pues, en la lectura de hoy nos dice que Cristo es Dios verdadero.

También, otras palabras del Evangelio de hoy: —¿Eres tú Elías?, le preguntan a Juan. —¡No soy! —¿Eres tú el profeta o el profetismo que ya desapareció en Israel? ¿Contigo ha vuelto, acaso, ese carisma de hablar en nombre de Dios, de ser profeta? —¡No!, dice, a secas, San Juan. —¿Quién eres, pues, para decirle a los que nos han enviado? Y Juan se declara, entonces: —Yo no soy más que la voz que clama en el desierto: “Preparad los caminos del Señor”.

Miren en este diálogo, quien tiene en cuenta el estilo de San Juan se encuentra con una presencia nueva de Dios en Cristo. Esa negativa de Juan —“¡No soy!”. “¡No!”— nos está invitando a otra afirmación, que pronto van a oír en el Evangelio de Juan cuando buscan a Jesús y Él simplemente se identifica: “¡Yo soy!”. “Yo soy la luz”. “Yo soy el camino”. “Yo soy el agua en la sed”. Cuántas páginas bellísimas, místicas, evocadoras de lo divino, evocadoras de aquel “Yo soy” de Dios en la Biblia del Viejo Testamento, cuando Moisés le pregunta: “¿Quién eres para indicarle a los de mi pueblo que el Dios me manda?”. “Le dirás: ‘Yo soy el que soy’”. Ese “Yo soy” es la afirmación de una presencia en la creación que no es creatura, que es Creador; una presencia inmovible, una presencia ante la cual todo lo demás es negación. Juan Bautista, que dirá que no es digno de soltarle las correas de su sandalia, dice: “Yo no soy”. ¡Nadie es! ¡Solo Él es! ¡El que existía!

Y viene la tercera proclamación de lo divino de Cristo cuando dice: “¡Yo no soy más que la voz que clama!”. ¡Qué hermosa consideración hace San Agustín!: “La voz es el ruido que llega hasta el oído, pero en esa voz va la palabra, el verbo, es una idea”¹. En esta misma mañana, esto está sucediendo aquí, en catedral, y a través de la radio. Escuchan la voz, pero la voz, una vez que deja de emitirse, termina; es un ruido, pero queda una palabra, la palabra es la idea.

Esta sublime filosofía, en el lenguaje de San Juan el evangelista, quiere decir: todos los que predicán a Cristo son voz, pero la voz pasa, los predicadores mueren, Juan Bautista desaparece, solo queda la palabra. La palabra queda y este es el gran consuelo del que predica: mi voz desaparecerá pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido recoger.

¹ Cfr. San Agustín, *Sermones*, 288, 3: PL 38, 1304.

El verbo es el pensamiento del hombre. El verbo es una idea griega. La filosofía griega tenía del verbo el concepto de una emanación; como la emanación de Dios es el Verbo de Dios, que en cristianismo decimos el Hijo de Dios. Todo pensamiento es como un hijo de uno, por eso decimos: “He concebido esta idea”. Todo el que piensa está concibiendo; como una mujer embarazada concibe, el hombre que piensa, concibe. Y así, como una mujer da a luz lo que ha concebido en sus entrañas, el pensamiento también da a luz la palabra que la lleva él, la voz. Cristo, entonces, es la emanación, es el Hijo, es la substancia, la imagen de la substancia divina. No tenemos palabras humanas para describir ese misterio del Dios eterno pensándose a sí mismo y ese pensamiento es su Hijo, el Verbo. Pronuncia esa palabra y quedan creadas las cosas porque su palabra es omnipotente, es poderosa. Todo cuanto existe ha sido creado por Él.

Col 1, 16

Hermanos, ojalá que esta consideración no se haga árida como una filosofía meramente teórica, sino que lo hermoso es que ese Dios viviente, palpitante, piensa, pronuncia una Palabra eterna que nos envuelve en amor a nosotros: y es su Hijo divino que se hace Palabra encarnada. Por eso, San Juan Bautista puede decir esta frase que es como la cima del testimonio de este domingo: “En medio de vosotros está uno que no conocéis. Él viene detrás de mí, existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de su sandalia”. ¡Qué bella confesión de Cristo! “Antes que yo existiera, ya existía Él”. Cristo lo va a decir un día ante sus perseguidores cuando le decían: “¿No tienes cuarenta años y dices que tú has construido este templo?”. Decía Cristo: “Antes que Abraham, vuestro padre, existiera, ya existía yo; antes que el mundo comenzara a ser, el Verbo de Dios ya existía”. ¡Qué consistencia la de este Verbo, la de esta Palabra eterna de Dios!

Jn 1, 26-27

Jn 1, 15

Jn 8, 57-58

Por eso, tenemos que, ahora, hacer un acto de confesión en esa anterioridad, en esa preexistencia del Niño que va a nacer en Belén. Ya existía antes de que lo concibiera María en sus entrañas; como dice la famosa poesía de *La Divina Comedia*: “¡Madre de tu creador!”². Es la única mujer que puede decir: “He concebido en mis entrañas un hijo que ya existía antes que yo. Me creó a mí, que soy su madre, en cuanto a lo humano, pero ya existía”. Si perdemos esta perspectiva divina, eterna, omnipo-

² Cfr. Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, III, 33.

tente, amorosa, lo infinito de un Dios, perdemos el verdadero sentido de Cristo. Cristo es el que dice San Juan: “Antes que yo existiera, ya existía Él”.

Jn 1, 15

Y cuando, la segunda lectura de hoy, San Pablo nos habla de que nos hagamos dignos para el encuentro definitivo con Él, anuncia una existencia, más allá de la historia, que no tendrá fin. Y en ese caso, tenemos que Cristo, en cuanto Dios, no tiene principio, existía. Cómo comienza el hermoso prólogo del Evangelio de San Juan: “En el principio era el Verbo”. Miren ese pretérito: “era”, ya existía; al principio, cuando Dios comenzó a crear las cosas, ya existía, ya era. Y ahora, San Pablo nos dice: “Cuando termine tu vida, cuando termine tu historia, cuando termine la historia de la humanidad, ojalá sea digna de encontrarse con ese río eterno, que es Cristo, para seguir viviendo por toda la eternidad”. Así, sucede que la historia no es más que un trocito que comenzó y se acabará; pero Cristo, en cuanto Dios, es el Señor de la historia, porque existía antes de la historia y existirá después de los mundos; no tuvo principio ni tendrá fin. Este es el Verbo que se hace hombre. Esta es la encarnación: se hace carne.

Jn 1, 1

San Juan usa también otra palabra de inmenso sabor bíblico y también de filosofía griega: “carne”. La carne es el hombre concreto, la carne somos los que estamos aquí, hombres, en los cuales se puede ver la marca del tiempo: el niño que comienza a vivir, el joven ya robusto, el hombre viejo que está terminando. La carne va siendo marcada por el tiempo. La carne es esta situación concreta del hombre: el hombre en pecado, el hombre angustiado por sus situaciones, el hombre que es patria con una historia que parece que se ha metido en un callejón sin salida. La carne somos todos los que vivimos encarnados. La carne, esa carne frágil, esa carne que tiene principio y se acaba, que se enferma y muere, que peca, que se hace desgraciada o feliz, según su obediencia a Dios: eso se hizo el Verbo; se hizo carne.

Jn 1, 14

Un día explicábamos aquí una palabra que traté de analizarla: la *kénosis*. Recordarán, la *kénosis* es la humillación, es el anonadamiento, es el deshacerse, el desaparecer. Con esa palabra se quiere expresar este acto de humildad del Dios que es infinito y eterno y se encierra en el vientre de una virgencita para nacer carne. El Niño que vamos a adorar en Belén es carne, frágil carne de niño; pero en esa frágil carne, como en un envoltorio de pa-

Jn 1, 14 pel ordinario, está un gran regalo: “El Verbo se hizo carne”. Lo más bello de Cristo no es su carne, pero sin carne no es Cristo. Carne que quiere asumir en sí todo lo que es carne nuestra: “En Hb 4, 15 todo parecido a nosotros menos en el pecado”, dice la teología de San Pablo.

CS 22 Y cuando en los tiempos nuevos, el Concilio Vaticano II dice que el misterio del hombre no se puede entender sin el misterio del Verbo encarnado, nos dice por qué: “En Él, la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”. Es para llorar de alegría y de gratitud saber que ese Dios infinito se hizo carne como yo y habitó entre nosotros. Si Cristo hubiera realizado su encarnación hoy —y hoy, en 1978—, fuera un hombre de treinta años, estuviera aquí, en la catedral, y no lo distinguiéramos entre todos ustedes. Un hombre de treinta años, un campesino de Nazaret, aquí en catedral, como cualquier campesino de nuestros cantones estuviera el Hijo de Dios hecho carne y no lo conoceríamos. ¡Todo semejante a nosotros!

Lc 1, 34-35 Pero ese Cristo, que es Dios —por quien fue hecho el mundo— hecho hombre, eleva a categoría de Dios a todo hombre. Será un nuevo concepto de esta meditación. Pero antes, quiero fijarme: ¿quién es el autor de este gran prodigio del Verbo hecho carne? En la primera lectura de hoy, ya se anuncia el gran secreto que un día un ángel le vino a anunciar a la Virgen María. Cuando la Virgen le dice que ella, virgen, tiene el propósito de mantenerse virgen para su Dios: “¿Cómo puede ser eso de concebir y dar a luz un hijo?”. Y el ángel le anuncia lo que ya había sido anunciado, siete siglos antes, en el profeta Isaías: “El espíritu del Señor sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Lo que vas a concebir no es obra de varón, será obra milagrosa, virginal, del Espíritu Santo”. Cristo, en cuanto hombre, tendrá una madre mujer, pero no tendrá un padre humanamente realizando su encarnación, porque es prodigio del Espíritu Santo.

¿Cómo es esto de la unción del Espíritu Santo? Es necesario, en esta hora del Adviento y de la Navidad, tener muy en

cuenta lo que significa el Espíritu Santo: la potencia de Dios. El Dios —como dice sencillamente el catecismo— formó, de la sangre de María, un cuerpecito en sus entrañas al cual le infundió, como a todo niño, un alma humana y además le infundió la segunda persona de la Santísima Trinidad: el Verbo; y, entonces, aquella mujer grávida ya es madre de Dios. Cuando en la noche de Navidad, nueve meses después de este prodigio de la encarnación en sus entrañas, recibe en sus brazos al Niño Jesús, María sabe que es obra del Espíritu Santo, que el Espíritu de Dios ha hecho el prodigio de un hombre Dios, y que ese niño va a crecer y que va a dar su vida por la redención del mundo, y que el Espíritu de Dios lo conducirá y, gracias a que el Espíritu de Dios lo lleva hasta la cruz, la redención de los hombres será obra de Dios y, gracias a que ese Espíritu de la vida eterna lo resucita de entre los muertos, esa resurrección del hombre de Nazaret, que es Cristo, obra del Espíritu Santo, se dará también como arras, como principio de fe y de esperanza para la resurrección de todos los que crean en ese Cristo: “El que que cree en mí, aunque muera vivirá, porque ese Espíritu que me hizo a mí, anima también la vida del pueblo de Dios, de los cristianos, que se les ha dado por el bautismo a todos los que creen en Jesucristo”.

Jn 11, 25

El Espíritu Santo, pues, merece en esta mañana nuestro homenaje de adoración y de agradecimiento porque, gracias al Espíritu Santo, hubo una mujer virgen que pudo juntar el honor de la virginidad con la maternidad y darnos el prodigio de un Dios hecho carne. Por eso, la Iglesia toma hoy como salmo de meditación el *Magnificat* de María: “Mi alma glorifica al Señor”. Imagínense ustedes, sobre todo jovencitas de dieciseis años; jóvenes, ¿qué sentiría aquella jovencita de Nazaret al ser escogida para ser el instrumento virginal de darnos al redentor de los hombres?, ¿qué joven no iba a cantar, inspirada por ese mismo Espíritu, que ya lo lleva como un prodigio en sus mismas entrañas y, sobre todo, lo lleva en su alma santa, en su fe viva, el canto de la acción de gracias? “Mi alma glorifica al Señor, porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso”. De veras que ha hecho cosas grandes el Hijo de Dios en las entrañas de María.

Lc 1, 46

Lc 1, 49

María no puede hacerse a un lado en este tiempo de Adviento y de Navidad. Nadie como María nos enseñará el espíritu de adoración ante el Cristo, que es Verbo de Dios hecho carne. Nadie sintió la experiencia tan viva, de que en sus propias entrañas

GS 22

el Verbo se hiciera carne. Ella le ofreció, en nombre de toda la carne humana, el pequeño seno virginal, donde se encarna para asumir en sí —como nos acaba de decir el Concilio— todas las manos de los trabajadores, todos los cerebros de los pensadores, todos los corazones de los que aman, todas las angustias de los que sufren, todas las esperanzas de los hombres, todas las alegrías humanas. Nada humano es ajeno a Jesucristo, porque Él se ha hecho carne, ha querido asumir todo lo que significa la carne en su dignidad de Hijo de Dios.

Podíamos prolongar mucho esta meditación, hermanos. Yo los invito a que durante los días de Navidad prolonguen esta meditación: ¿quién es ese Niño que nace en Belén? Y en vez de pensar tanto en regalos, en comilonas y en tarjetas de Navidad, y cosas que hacen perder el tiempo y no dejan meditar, mediten esto. Esto es lo principal de Navidad. No dejemos que la comercialicen, no dejemos que la profanen, que la paganicen. Recojámosla con el espíritu respetuoso y veneremos en nuestro hogar, en nuestra pobreza, cuantos más pobres y enfermos, mejor: “Yo soy la carne que Cristo ha asumido. ¡Bendito sea Dios que quiso hacerse parte de mi vida al hacerse carne como yo!”.

La Iglesia es la prolongación de ese misterio de la encarnación de Cristo

LG 8

El segundo pensamiento es que esa encarnación prodigiosa no se quedó allá hace veinte siglos, como un recuerdo. Lo bello es que esa encarnación la ha querido prolongar el Señor en su Iglesia. Voy a leerles también aquí otro pensamiento sublime del Concilio Vaticano II, cuando dice, hablando de la Iglesia, que esta Iglesia que Cristo realizó para prolongar su redención al mundo es compuesta de elemento humano y elemento divino: “Esta sociedad [que se llama Iglesia] provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales [...], forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino. Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social

de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su cuerpo”.

Todo el número ocho de la constitución *Lumen gentium* explica ese misterio de la encarnación, que es Dios hecho carne prolongándose en la Iglesia, que es también Dios, cuerpo de Cristo en la historia. Fue el título, como ustedes recuerdan, de mi segunda carta pastoral: *La Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia*. Quiere decir que nosotros ahora, hombres de 1978, asumidos por el bautismo al cuerpo de la Iglesia, somos la carne de Cristo aquí y ahora. Nadie está excluido de esta dignidad, solo aquel que se quiera excluir y traicionar esta Iglesia manchándola con tantas calumnias, olvidándose que “quien escupe al cielo le cae en la cara”. Todos los que están escupiendo a la Iglesia en esta hora se están escupiendo a sí mismos. Son ellos, como nosotros, bautizados, miembros vivos que integramos el cuerpo de Cristo.

Y Cristo se vale de este organismo humano que es la jerarquía —el Papa, los obispos, los sacerdotes, la institución Iglesia—, contra la cual muchas veces nos expresamos, tal vez, con mucho desprecio. Sepamos que es la carne de Cristo. Y, como decíamos antes, carne en su situación concreta de pecado. No nos asuste que en la misma jerarquía, en el mismo sacerdocio, en los mismos matrimonios que se dicen cristianos... Todos tenemos obligación de ser santos porque somos cuerpo de Cristo, pero somos carne miserable. No nos extrañe, digo, que en todos los estamentos humanos de la Iglesia exista el pecado, porque la carne está necesitada de conversión hacia el verdadero Dios; y si Cristo se hizo carne, fue para redimirla; y que esta Iglesia, carne de Cristo en la historia, necesita redención en todos los tiempos. Y en 1978, obispos, sacerdotes y fieles, todos, necesitamos redención. Somos carne putrefacta, somos carne frágil, somos carne de Cristo en la historia y nadie puede decir que puede tirar la primera piedra cuando todos somos pecadores. Por eso, decíamos que si la Iglesia tiene la valentía de denunciar los pecados del mundo, no es porque ella se crea impoluta, sino porque el que denuncia está también dispuesto a ser denunciado, y tiene la obligación de convertirse y de corregirse para Dios, como nos va a decir hoy San Pablo en la segunda lectura.

La segunda lectura de hoy, precisamente, nos habla de una comunidad —y la Iglesia es comunidad—, la de Tesalónica, co-

Jn 8, 7

mo podría ser la de San Salvador, la de cualquier parroquia nuestra, donde San Pablo dice cuáles son los secretos para que ese Espíritu de Dios, que le dio carne al Hijo de Dios hecho hombre y le sigue dando vida y consistencia a esta Iglesia, prolongación de Cristo en la historia, sea verdaderamente una comunidad como honre a Cristo³.

1 Ts 5, 16-18 Dice, la alegría... Yo les invito a que en esta semana, en estas horas en que El Salvador parece que no hay lugar para la alegría, escuchen a San Pablo cómo nos repite: “Hermanos, estén siempre alegres. Sean constantes en el orar. En toda ocasión tengan acción de gracias: esta es la voluntad de Dios, en Cristo Jesús, respecto de ustedes”. El cristiano, la comunidad cristiana no debe estar desesperada. Si se muere alguien en la familia, no debemos llorar como hombres sin esperanza. Si en la historia de nuestra patria se han entenebrecido los cielos, no desesperemos. Somos una comunidad de esperanza y, como los israelitas en Babilonia, espere-
mos la hora de la liberación: ¡llegará! “Llegará porque Dios es fiel”, dice San Pablo. Y esta alegría tiene que ser como una oración: “El que les ha llamado es fiel y cumplirá sus promesas”.

1 Ts 5, 24 Esta comunidad Iglesia es la que canta en la primera lectura
Is 61, 10 de hoy: “Desborde de gozo con el Señor y me alegro con mi Dios, porque me ha vestido un traje de gala y me ha envuelto con un manto de triunfo —miren qué comparación—, como el novio que se pone la corona o la novia que se adorna con sus joyas”. Cosa bella ver un hombre y una mujer joven que se aman y van al altar vestidos con su mejor ropa. Van a entregarse al amor. Esa es la comparación que usa Dios hoy, en el Viejo Testamento, para decir este pacto del Dios que nos quiere salvar y el pueblo que necesita salvación.

Is 61, 11 Y la comparación se hace todavía más poética: “Como el suelo hecha sus brotes, como un jardín hace brotar sus semillas, así el Señor hará brotar la justicia y los himnos, ante todos los pueblos”. Me imagino yo, el que siembra un jardín, de la tierra espera que surjan las flores; pero es él el que ha puesto las semillas. Esto es lo
Is 61, 1 que ha hecho Dios en la redención cuando dice: “Me ha enviado a evangelizar a los pobres, para anunciar la buena nueva a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos y a los prisioneros, la libertad”. Miren, ¿no

³ “[...] que honre a Cristo”.

les parece que es la voz de la Iglesia aquí en El Salvador gritando: ¡Amnistía! ¡Libertad! Gritando: ¡No más torturas! ¡No más dolor! Es la voz de Dios que quiere sembrar bonanza, bien, en la tierra. Y esta tierra florecerá. Lo ha prometido el Señor y no fallará. ¿Cuándo? No lo sabemos; esperemos, como el agricultor que siembra y no es impaciente, a su hora reverdecerá el jardín.

“Yo tengo fe que todo cambiará”, dice la bonita canción de los jóvenes ahora. ¡Cántenla con toda alegría! “Yo tengo fe que todo cambiará”. Ciertamente, porque Dios ha venido, el Verbo se ha hecho carne y quiere vivir no en individuo... Esto, por favor, tengámoslo muy en cuenta, que es causa de un conflicto muy grande en la Iglesia de hoy: el cambio de una piedad individualista a una piedad comunitaria. Ya no es tiempo de decir: “Yo trataré de salvarme, no me importan los demás”; porque si no te salvas con otros, puede ser que no te salves tú solo. La salvación que Cristo ha traído es en comunidad, es Iglesia.

Y hoy, en la segunda lectura de hoy, unos pensamientos que —yo les voy a decir ahora con toda confianza de pastor con su pueblo— son como las normas que quieren ser en mi pastoral, lo que San Pablo les dice a los tesalonicenses: “No apaguéis el Espíritu, no despreciéis el don de la profecía. Examinadlo todo, quedándoos con lo bueno”. ¿Qué quiere decir esto?: “No extingáis el Espíritu”. Yo siento esta palabra, como obispo y pastor, con una tremenda responsabilidad, porque yo sé que el Espíritu de Dios, que hizo el cuerpo de Cristo en las entrañas de María y sigue haciendo la Iglesia en la historia, aquí, en la arquidiócesis, es un Espíritu que está —como dice el Génesis— aleteando sobre una nueva creación. Yo siento que hay algo nuevo en la arquidiócesis. Soy hombre frágil, limitado, y no sé qué es lo que está pasando, pero sí sé que Dios lo sabe. Y mi papel como pastor es esto que me dice hoy San Pablo: “No extingáis”. Si con un sentido de autoritarismo yo le digo a un sacerdote: “¡No haga eso!”, o a una comunidad: “¡No vaya por allí!”, y me quiero constituir como que yo fuera el Espíritu Santo y voy a hacer una Iglesia a mi gusto, estaría extinguiendo el Espíritu.

Pero sí, también me dice San Pablo: “Probadlo todo, examinándolo y quedándoos con lo bueno”. Esto le pido mucho al Espíritu Santo: lo que se llama el don del discernimiento. Hermanos, yo les invito —y cuanto más de edad somos, más les invito— a este sentido tan difícil del discernimiento. Cuanto

1 Ts 5, 19-21

Gn 1, 2

1 Ts 5, 19-21 más viejo es uno, le parece que solo lo de uno es verdadero y lo de los jóvenes parecen locuras, novedades: “No hay que hacerles caso”. ¡Mucho cuidado! “No extingáis el Espíritu, examinadlo y quedaos con lo bueno”. Claro que de los jóvenes no vamos a aprender a fumar marihuana, de los jóvenes no vamos a aprender el libertinaje, del mundo no vamos a aprender los vicios; pero en ese mundo de vicios y de marihuanas y de defectos, el Espíritu de Dios está aleteando. Y, por eso, digo en mi carta pastoral: “La Iglesia tiene que ir con Cristo sin tenerle miedo que le digan ‘está comiendo con publicanos y prostitutas’”. La Iglesia es Cristo encarnado en la carne real, concreta; y esa carne que hoy puede ser carne de una prostituta, mañana puede ser la carne arrepentida de una santa, como fue la Magdalena. Y esa carne, que hoy es carne de un Agustín en devaneos mundanos y libertinos, que le parecía que no se podía ser casto, mañana puede ser la carne de San Agustín, el pecador arrepentido. Y los muchachos de hoy y las comunidades que tienen, tal vez, hasta sus cosas estrambóticas: seleccionemos lo bueno. Ayúdenme, queridos sacerdotes, queridos catequistas, queridas religiosas, a ser comprensivos y a pedirle al Espíritu Santo el don del discernimiento para descubrir, en esta Iglesia bella de la arquidiócesis, los verdaderos valores. Miren, el Espíritu no se repite. Dice una frase bíblica muy significativa: “El Espíritu hace nuevas todas las cosas”. Nosotros somos los que envejecemos y queremos que todo se haga según nuestro patrón de viejos. El Espíritu nunca es viejo, el Espíritu siempre es joven.

Mc 2, 16

Ap 21, 5

Ayer, que daba la confirmación a un grupo de jóvenes en la colonia Santa Lucía, les decía esta frase, y qué gusto me dio aquellos jóvenes recibiendo el Espíritu Santo con tanta conciencia y uno que dice: “Nos hemos comprometido con el Espíritu, queremos serle fieles”. Esta es la Iglesia que prolonga la encarnación de Jesucristo; esta Iglesia que es encarnación y en la cual, por tanto, hay mucho de bueno y hay mucho de malo.

GS 22 Fíjense en una frase que nos revela mucho del Concilio Vaticano II, dice que la vocación del hombre es única, es una vocación divina: “Por eso, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de solo Dios conocida, se asocien todos los hombres a este misterio pascual”. Es una frase también para mí muy reveladora, cuando pienso que no solo en los límites de la Iglesia católica, mucho menos en

los más estrechos límites del sacerdocio y del episcopado o de la vida religiosa, solo allí, estuviera lo bueno, y todo lo demás es malo. ¡Mentira! Aquí nos acaba de decir el Concilio que, fuera de la Iglesia católica, siendo que todos los hombres son llamados a esta vocación divina, el Espíritu Santo se las arreglará —dice— por caminos que solo Él conoce, para hacer participante de este misterio de Cristo a los hombres, aunque no sean cristianos. ¡Qué vergüenza cuando uno piensa que tal vez hay paganos, gente que no tiene fe en Cristo, pero que tal vez son más buenos que nosotros y están más cerca del reino de Dios!

GS 22

¿Se acuerdan cuando Cristo recibió la visita de un pagano, un centurión? Y cuando Cristo le dijo: “Voy a ir a curar a tu siervo”; el centurión, lleno de humildad y de confianza, le dice: “No, Señor, no soy digno de que vayas allá. Di una sola palabra y mi siervo quedará sano”. Cristo se admira —dice el Evangelio— y dice: “En verdad, no he encontrado tanta fe en Israel”. Yo digo: Cristo dirá también de esta Iglesia: “Fuera de los límites del catolicismo, tal vez, hay más fe, más santidad”. Por eso, no tenemos que extinguir el Espíritu; porque el Espíritu no tiene fronteras. El Espíritu no es monopolio de un movimiento cristiano, de una jerarquía ni de un sacerdocio ni de una congregación religiosa. El Espíritu es libre y busca que los hombres, donde quiera que se encuentren, realicen su vocación de encontrarse con Cristo, el que se hizo carne para salvar toda carne humana. Eso sí, queridos hermanos, y yo sé que a la catedral llega también gente que hasta ha perdido la fe o no es cristiana, sean bienvenidos; y si esta palabra les está diciendo algo, yo los invito: reflexionen en la intimidad de su conciencia, porque, como Cristo, les puedo decir: “El reino de Dios no está lejos de ti, el reino de Dios está dentro de tu corazón, búscalo y lo encontrarás”.

Mt 8, 5-10

Lc 17, 21

Vida de la Iglesia

En este ambiente de realidad, carne que es buena y que es mala, fijémonos en nuestra Iglesia concreta. Yo, desde mi Iglesia, dirijo la mirada al centro de este catolicismo que es el Papa y encuentro, con alegría, rasgos que vienen a confirmar nuestra línea pastoral. Escribiendo a las Naciones Unidas, el Santo Padre, al celebrarse los treinta años de los derechos humanos, invoca con tristeza: “Aunque no se puede ignorar que ha habido ya algún

progreso, nos vemos obligados a observar una aparentemente creciente divergencia entre las significativas declaraciones de las Naciones Unidas y las, a veces, generalizadas violaciones a los derechos humanos en todas partes de la sociedad y del mundo”⁴. Es una carta preciosa que el papa Juan Pablo II escribe al secretario general de las Naciones Unidas y donde comprueba, con un palabra seria como es la del Papa, que hay muchos Gobiernos y muchos Estados donde los derechos humanos están siendo pisoteados y donde hay muchos abusos de autoridad. Se mantiene, también, preocupado por la situación de Nicaragua; y al embajador de Nicaragua, con palabras respetuosas pero firmes, le dice la libertad que la Iglesia debe tener y el respeto que las autoridades de un Gobierno deben tener para su pueblo, respeto a los derechos humanos⁵. Exhorta el Papa también a Chile y a Argentina a superar su diferendo. Sus cancilleres se reunieron el 12 de diciembre y el Papa les escribió⁶. Es triste pensar cómo una nación como Argentina gasta dos mil quinientos millones de dólares para armarse. ¿Qué no hay pobreza en esa nación? ¡Qué locura la de los armamentos! El Papa, pues, dice que se superen esas cosas. Y hasta los montoneros pidieron al Papa intervenir para impedir esa guerra⁷.

En Santiago de Chile, hubo un simposio que se clausuró el 25 de noviembre. Me han llegado las conclusiones y las noticias de quienes participaron. Yo tuve una amable invitación del cardenal de Santiago de Chile, pero preferí, por la situación de mi país, quedarme siempre con mi pueblo, que será el testimonio que se puede dar mejor. Pero, desde allá, tienen la bondad de notificar la asistencia del cardenal Silva Henríquez, del cardenal Arns del Brasil y de otras personalidades del mundo eclesiástico, diplomático, protestante, etcétera. Y entre las declaraciones del simposio, declaran que “muchos Gobiernos han impuesto siste-

⁴ Mensaje de Juan Pablo II a la Organización de las Naciones Unidas (2 de diciembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 24 de diciembre de 1978.

⁵ Cfr. Discurso de Juan Pablo II ante el embajador de Nicaragua en El Vaticano (7 de diciembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 17 de diciembre de 1978.

⁶ Cfr. Mensaje del Papa a los presidentes de Argentina y Chile, en orden a la fraternidad y convivencia de ambos pueblos (12 de diciembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 17 de diciembre de 1978.

⁷ Cfr. *El Diario de Hoy*, 13 de diciembre de 1978.

mas que relativizan el valor de la persona, y en que la razón de Estado es pretexto suficiente para ejercitar las más variadas formas de violencia institucionalizada y tortura”. Exhortan, también en Chile, a los creyentes del mundo entero a “unirse en un esfuerzo común de oración y de acción, de modo que, impulsados por la fe, busquen valerosamente la verdad y la justicia, y realicen un renovado esfuerzo por recrear la solidaridad de los grupos, pueblos y naciones”. Se refiere, bastante detalladamente, al atropello de las libertades, de la justicia, de la vida de muchos países, sobre todo en nuestro continente.

Ya se marcó, también por parte del Papa, el tema para el sínodo mundial de 1980; será “Las tareas de la familia cristiana”⁸. Con tiempo tomemos, también, las consignas que de allá saldrán, que no podrán ser otras más que de trabajar por constituir mejor nuestra familia.

También en Chile, las relaciones Iglesia-Gobierno están llevando un tremendo lastre por los conflictos del Gobierno con el pueblo. En concreto, se pide que se informe sobre la suerte de seiscientos cincuenta desaparecidos. Y a la Iglesia en Chile también se le ha llamado “comunista”, como siempre que toca estos intereses del Gobierno o del capital, ipues tendrá que ser bautizada así!

En nuestra arquidiócesis, alegrémonos también con los hechos de nuestra casa: han celebrado en estos días sus bodas de oro de haber llegado al país las hermanas franciscanas que trabajan en San Salvador, Zacatecoluca, Cojutepeque, Usulután y Berlín.

Religiosas somascas salieron de La Ceiba para ir a iniciar trabajos de pastoral en el Brasil. Es la Iglesia misionera, para la cual no hay fronteras y va donde quiera que le permitan las leyes y pueda ir a hacer el bien.

Quiero agradecer, también, el apoyo público que se ha dado a mi persona por parte del senado presbiteral, de movimientos populares y del *Eco de Oriente*, un semanario de San Miguel.

Refiriéndome a la vida de nuestras comunidades, esta semana ha sido muy densa. El domingo pasado hubo, en San Rafael Cedros, una reunión de laicos de todo el departamento de Cus-

⁸ Cfr. Discurso de Juan Pablo II al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos (16 de diciembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 24 de diciembre de 1978.

catlán. Me da mucho gusto ver cómo se está promoviendo el hombre cristiano desde su propio bautismo, o sea, los laicos. El mismo domingo, estuve también en Potrero Grande, de Aguilares, celebrando a la Virgen de Guadalupe.

El 11, lunes, tuve una entrevista con gente que conoció muy a fondo al padre Neto Barrera y expresaban, con verdadero agradecimiento y hasta con lágrimas, el cariño para un sacerdote que les enseñó a amarse. Me decían: “Antes éramos muy egoístas, solo buscábamos lo nuestro; pero él comenzó a decirnos que nos comprendiéramos, que nos ayudáramos”. Y yo creo que si un árbol se conoce por sus frutos, este fruto está diciendo mucho de la labor sacerdotal del padre Neto. Ratifico, con esta ocasión, la posición de la carta pastoral, la cual afianza su apoyo a todo lo justo donde quiera que se encuentre, así como rechaza todo lo injusto y abusivo donde quiera que se encuentre.

El 12, día de la Virgen de Guadalupe, nuestro pueblo mostró otra vez cómo vive, en su espíritu, el sentido de María. Es un pueblo muy mariano. Yo quiero felicitarlos públicamente. Dice el párroco de La Ceiba que, por lo menos, unas sesenta mil personas desfilaron el día de Guadalupe, peregrinando ante la morenita del Tepeyac. Yo lo celebré en el Dulce Nombre de María, donde saludé a los nuevos párrocos, los padres de Maryknoll y a las Oblatas del Sagrado Corazón, que trabajan allá desde hace algún tiempo. Me di cuenta que tres religiosas Oblatas han celebrado, en estos días, sus bodas de plata de vida religiosa, a quienes felicito: la hermana Ángela Cáceres, Elena de Jesús Cáceres y Josefina Núñez; que el Señor les prolongue su vida y su entusiasmo pastoral. El mismo día de Guadalupe, por la noche, celebramos en la colonia de Las Delicias de Santa Tecla; tuve el gusto de platicar con un grupo juvenil y ver cómo el padre Aguilar está promoviendo el fervor de aquella parroquia. Lamento no haber podido asistir a la invitación del padre Eliodoro Orellana, que celebró también la Virgen de Guadalupe en la colonia Guadalupe de Soyapango.

El 13, día de Santa Lucía, patrona de Suchitoto, tuve una complacencia muy grande al compartir, con aquella inmensa iglesia llena de fieles, el culto a esta santa patrona de la vista, para hablarles de que la verdadera vista es la fe y que, cuando se pierde la fe, el hombre es ciego aunque tenga muy buenos los ojos de la cara. Fue nombrado, entonces, el párroco, padre Jorge

Benavides, para Suchitoto. Saludé a la Sociedad de Jesús Nazareno y me informaron que estudian la Biblia. Tuve el gusto de estar con todos los sacerdotes de la vicaría de Cuscatlán, menos el padre Moreno, que estaba enfermo; espero esté mejor. Ese mismo lunes de Santa Lucía, la colonia Santa Lucía me llevó una simpática visita con el producto de sus reflexiones sobre la carta pastoral, unas reflexiones que me han llenado el espíritu de gran alegría de ver cómo el pueblo, cuando es sincero, acoge las iniciativas de sus pastores. Siento no haber atendido la invitación de Apaxtepeque. Es de otra diócesis y espero que allá hayan tenido una bonita fiesta de la Virgen de Guadalupe.

Sí asistí a San Pablo Tacachico, fiesta patronal de la Inmaculada, donde el padre Jorge Salinas y otros sacerdotes de la vicaría y muchos catequistas de la región prepararon ese honor tan bonito a la Virgen Inmaculada. Hubo una reunión muy simpática de agentes de pastoral.

Ayer, sábado, en Santa Lucía, en la colonia, el padre Astor, durante todo un año, ha preparado un grupo de niños de primera comunión. Muy significativo que los padres de familia han aceptado una primera comunión sin ampulósidades: su vestido, sencillo; pero, sobre todo, una buena catequesis para saber a quién van a recibir. Lo mismo fue en la iglesia de El Calvario, por la mañana, donde, además de las primeras comuniones, hubo jóvenes, como en Santa Lucía, que se confirmaron.

Y este día está celebrándose, en el Colegio Guadalupeño una convivencia navideña por parte de las comunidades eclesiales de base y movimientos laicos. Habrá unas mil personas. Iré a celebrar al mediodía y el tema de reflexión es: "La comunidad". Eso que estábamos diciendo ahora, que San Pablo tanto inculca, que el cristianismo no se puede vivir solo, sino en comunidad. Esta tarde estaremos en Rosario de Mora, donde la hermana Oblata al Divino Amor ha preparado comuniones y confirmaciones. Y a las 8:00 de la noche, en la parroquia de San Sebastián, huérfana por el asesinato del padre Neto, va a recibir su nuevo pastor, padre Juan Antonio Gutiérrez, hoy a las 8:00 de la noche. Ya tendremos el gusto de saludar a aquella comunidad.

Quiero invitarles, también, a secundar las iniciativas para una confirmación más consciente. Se ha puesto como norma una edad mínima de ocho años, pero los párrocos prepararán grupos de edad mayor, para que la reciban con más conciencia.

Aquí, en catedral, seguiremos confirmando, pero con esas condiciones hasta Semana Santa. De Semana Santa para allá, no habrá más confirmaciones en catedral. Las confirmaciones se van a organizar en las vicarías y parroquias, porque es un sacramento que debe de tener mucho sentido de comunidad y de parroquia; y estos ensayos que hemos hecho en las diversas comunidades me han dicho lo rico que es la confirmación bien preparada y en comunión con su párroco y su comunidad. De modo que yo les invito a todos los que tienen niños o jóvenes de confirmar, que vayan organizando con sus parroquias y sus vicarías este sacramento de tanta importancia.

Hechos de la semana

También, en esta mención de cosas concretas, les quiero invitar a leer en *Orientación*, en la página de “Solidaridad”, las declaraciones de Francisco Baltasar Campos Mendoza⁹, hoy asilado en la embajada de México; unas declaraciones autorizadas ante abogado, donde narra las horribles torturas de que fue objeto y cómo se le quiso dinamitar con otros torturados, pero que él, puro milagro, pudo escaparse. Y mientras los otros quedaron hechos pedazos cuando estalló la dinamita, él pudo despertar de una inyección misteriosa que le habían puesto y ponerse a salvo. En su declaración menciona que en las cárceles tuvo noticias de Pedro Arístides Pineda, José Victoriano Arévalo Romero, Domingo Martínez, Lil Milagro Ramírez, doctor Carlos Madriz, quien le mencionó también a Jorge Luis Zelayandía.

Una comisión que ha estudiado la declaración de Campos Mendoza ha sacado estas conclusiones:

“Primero. Es una prueba más de que existen presos políticos en las cárceles de los cuerpos de seguridad, a pesar de que estos lo nieguen sistemáticamente.

Segundo. Demuestra que en nuestro país es ineficaz el recurso de exhibición personal.

Tercero. Confirma el uso ilegal de crueles torturas durante los interrogatorios realizados por los cuerpos de seguridad.

Cuarto. Revela el ilegal uso de droga durante estos interrogatorios.

⁹ Cfr. *Orientación*, 17 de diciembre de 1978.

Quinto. Deslegitima las declaraciones extrajudiciales presentadas a los tribunales por los cuerpos de seguridad para acusar a un reo.

Sexto. Manifiesta lo injusta y arbitraria que es la disposición del Código Procesal Penal que reconoce, como prueba suficiente para decretar detención provisional, la confesión extrajudicial rendida ante los cuerpos de seguridad, en presencia de testigos nombrados por estos.

Séptimo. Desenmascara varias maniobras de los cuerpos de seguridad para hacer desaparecer definitivamente a algunos de sus capturados.

Octavo. Viene a ser el clamor de un pueblo oprimido y torturado que invita a todos los hombres de buena voluntad a colaborar para que en El Salvador cesen las torturas, se derogue la *Ley de Defensa y Garantía del Orden Público*, se libere a los desaparecidos y presos políticos y haya verdadera justicia social que fundamente una paz duradera”.

En este mismo campo, sitúo también la triste noticia de que los cuatro secuestrados siguen secuestrados: el señor Fritz Schuitema, holandés; los señores Ian Massie, Michael Chatterton, ingleses; y el señor Takakasu Suzuki, japonés. Con las cuatro..., con los tres familiares y empresas he tenido relaciones personales, en mi sincero deseo de ayudar pastoralmente. Y quiero decir, hasta donde llegue esta voz, que las dos condiciones políticas puestas para liberar a los secuestrados —son la libertad de cinco reos: Lil Milagro Ramírez Huezo, Manuel Rivera, Juan Gonzalo Parada, Jorge Luis Zelayandía, Sonia Estela Ramírez; y la segunda condición: la publicación del manifiesto de la FARN en periódicos del país—, que estas dos condiciones no dependen de las familias ni de las empresas. La misma comisión para interceder y ayudar en estos secuestros quedó integrada, pidió audiencia al señor presidente y no se le ha concedido y está dispuesta a poner toda su colaboración en cuanto esté a su alcance. Las familias y empresas también están dispuestas a negociar la libertad de estos cuatro señores.

Y, por tanto, en nombre de la Iglesia, yo quiero recordar aquí lo que el Papa mismo dijo en estos días. Hablando al final de su audiencia de la semana, el pontífice dijo que: “El secuestro es una plaga que provoca mucho sufrimiento y que es indigna de los países civilizados. En el nombre de Dios —dijo textual-

mente—, apelo a los responsables para que liberen a las personas que mantienen cautivas por un rescate y también deseo recordarles que Dios es el vengador de las acciones de la humanidad”¹⁰.

Me alegro de que este pensamiento del Papa apoye lo que yo publiqué en *Orientación* también, *Una Navidad sin reos políticos y sin secuestrados*: “Si estas letras llegaren a conocimiento de quienes tienen en su poder a hermanos víctimas del ‘desaparecimiento’ o del secuestro, sepan que junto con mi solidaridad para con el sufrimiento y el dolor de las víctimas y de sus familias, quiero manifestar también a ustedes mi súplica encarecida, inspirada en el amor y la justicia cristianas, de que respeten la vida y la dignidad humanas de sus cautivos y no sofoquen el derecho humano que ellos, al igual que ustedes, tienen a la libertad. Recuerden que la misma lucha por el bienestar o las reivindicaciones justas del pueblo que ustedes dicen profesar, pierden su eficacia y su simpatía cuando las empapan y afean otras injusticias y violencias. Celebremos, con el esfuerzo de todos, una Navidad feliz, una Navidad sin desaparecidos, sin reos políticos, sin secuestrados, una Navidad que congrege a toda la familia sin dolor y sin miedo en el hogar”¹¹.

**Dios se ha hecho hombre para que todos
los hombres puedan hacerse Dios**

Vamos a terminar en un pensamiento que nos lleva ya al altar y es que este Dios que se ha hecho hombre y que ha asumido esta carne concreta de crímenes, de violencias, de cosas tan inhumanas, de dolores tan inauditos, de esperanzas, de zozobras; todo eso es la carne, mezcolanza de justicia y de atropello, de inocencia y de pecado; todo eso lo ha asumido Cristo; y en esta mañana, en que hemos concretado aquí, en nuestra comunidad y en nuestra patria, las realidades de la carne que vivimos, toda esta carne la ha asumido Cristo. Pero, llena de alegría, la Jerusalén que se libera mira que ha de brotar, de esta tierra, la justicia y el amor. Y San Pablo nos exhorta: “Que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente y que todo vuestro ser, alma y cuer-

Is 61, 11
1 Ts 5, 23

¹⁰ Alocución de Juan Pablo II en la audiencia general (13 de diciembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 17 de diciembre de 1978.

¹¹ *Orientación*, 17 de diciembre de 1978.

po sea custodiado sin reproche hasta la *parusía* de nuestro Señor Jesucristo”.

Quiero decir, también, que hay unas palabras que me han llenado de mucho ánimo y que están bien en este marco de la encarnación que hemos meditado hoy. Cuando los cardenales de París, de Inglaterra y de Bélgica, en una carta inesperada por lo grandioso que significa para mí este apoyo, dicen entre otras cosas: “Nos recuerda [esta lucha por los derechos humanos] que cada hombre es una imagen visible del Dios invisible. En realidad, en cada hombre o mujer nos tropezamos con el mismo Dios y con su llamado en favor de la justicia y del amor. Las violaciones sistemáticas de los derechos humanos son en sí mismas una cruda negación de la fe cristiana en la encarnación. Nos duele que el testimonio profético de usted se vea enfrentado con ataques públicos a la Iglesia. Hemos leído con gran tristeza cómo, por medio de la prensa y de otros medios, se lanza una campaña de vilipendio que trata de desprestigiar su liderazgo. Queremos en esta oportunidad asegurarle nuestra solidaridad fraternal”¹².

Y no por ser a mí, sino por ser en favor de este sentimiento de la encarnación de Dios en nuestra dignidad humana, que yo me alegro de que todo esto que estamos haciendo —aunque sea mal visto—, por parte de Dios y a la luz de la palabra de Dios que hoy hemos reflexionado, vemos de qué cosas es capaz el amor de Dios cuando ama esta carne, que ya podía merecer todo el desprecio de Dios y, sin embargo, nos sigue amando hasta la locura de hacerse niño en la cuna de Belén y de hacerse crucificado en la cruz y de seguir dándonos el sacrificio del altar todos los domingos y todos los días. Así sea*.

¹² Carta de los cardenales François Marty, arzobispo de París; Basil Hume, arzobispo de Westminster; y Leo Jozef Suenens, arzobispo de Bruselas, a monseñor Oscar A. Romero, *Orientación*, 17 de diciembre de 1978.